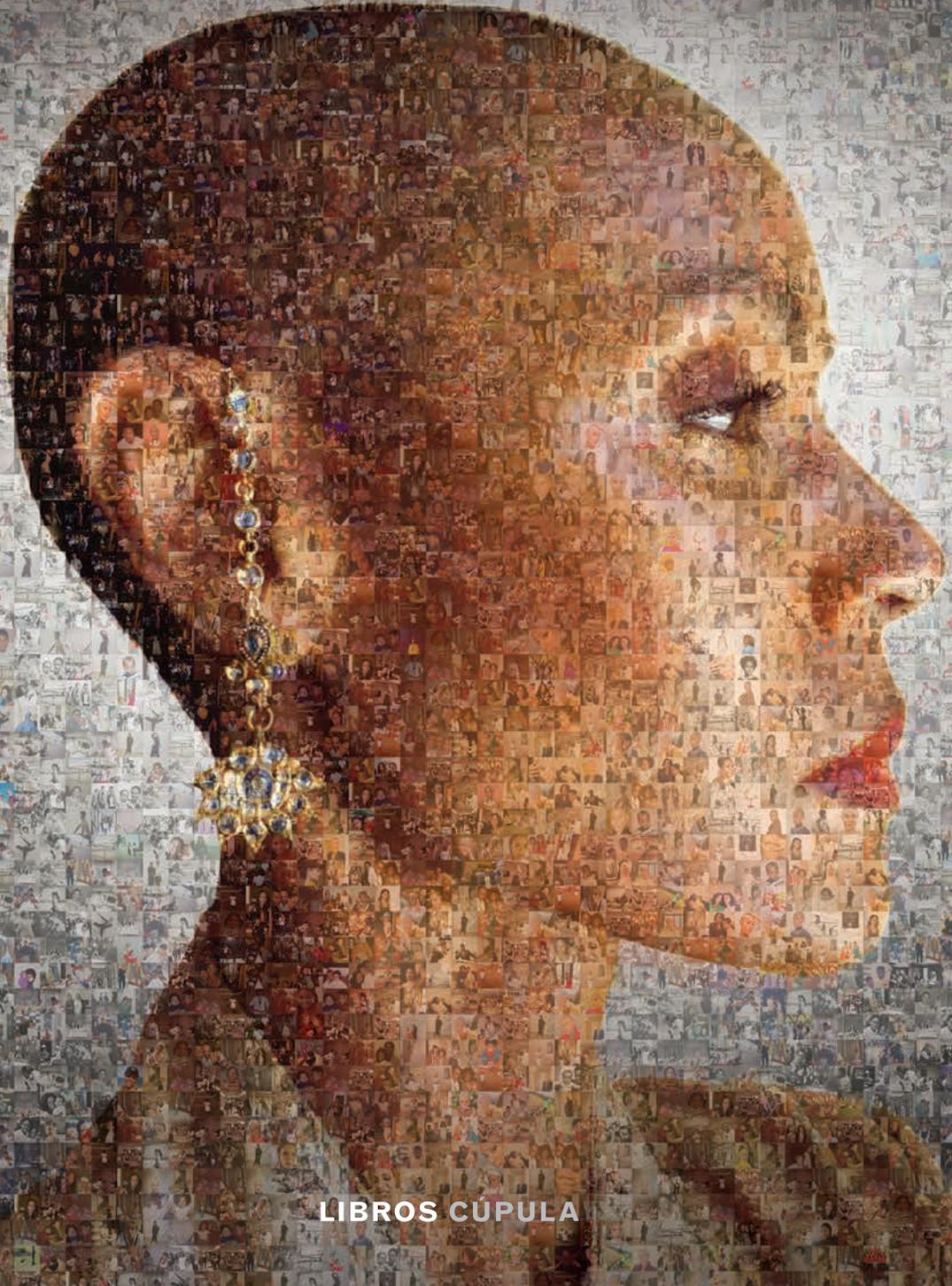


Jada Pinkett Smith



LIBROS CÚPULA

Jada Pinkett Smith

Worthy
el amor
que siempre merecí

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Worthy* by Jada Pinkett Smith © 2023 by RedDot Publishing, LLC

@ del texto: Jada Pinkett Smith

@ de la traducción: Beatriz Jiménez López

Primera edición: noviembre de 2023

Diseño de cubierta: Ploy Siripant

Ilustración de cubierta: © Jesse DeCosta

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-3964-6

D. L.: B. 13.265-2023

Impresor: Rotoprint

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

<i>Nota de la autora</i>	11
Prólogo. El viaje de la heroína	13
CAPÍTULO 1	
<i>El jardín de mi abuela</i>	23
CAPÍTULO 2	
<i>La hija bendecida de dos adictos</i>	45
CAPÍTULO 3	
<i>Abandonando el jardín</i>	63
CAPÍTULO 4	
<i>La universidad de la calle</i>	79
CAPÍTULO 5	
<i>Título superior</i>	101
CAPÍTULO 6	
<i>Una puerta hacia muchos caminos</i>	129
CAPÍTULO 7	
<i>La promesa de un mundo perfecto</i>	147

CAPÍTULO 8	
<i>Viviendo el sueño</i>	169
CAPÍTULO 9	
<i>Colapso</i>	193
CAPÍTULO 10	
<i>Buscando mi equilibrio</i>	205
CAPÍTULO 11	
<i>El príncipe salvador</i>	227
CAPÍTULO 12	
<i>Pérdida no llorada</i>	237
CAPÍTULO 13	
<i>La novia reticente</i>	253
CAPÍTULO 14	
<i>Pequeños gurús</i>	273
CAPÍTULO 15	
<i>Tragándome la llave</i>	297
CAPÍTULO 16	
<i>Espíritu salvaje</i>	313
CAPÍTULO 17	
<i>Esta no es una madre tradicional</i>	337
CAPÍTULO 18	
<i>Sentir la lluvia</i>	365
CAPÍTULO 19	
<i>Un sitio en la mesa</i>	387
CAPÍTULO 20	
<i>Rendición</i>	405

CAPÍTULO 21

El Chiste Santo, la Bofetada Santa y las Lecciones Santas 421

CAPÍTULO 22

La coronación de la Reina de mi Corazón 437

Agradecimientos 443

CAPÍTULO 1

El jardín de mi abuela

Se acerca la medianoche de esta cálida noche de verano y me siento libre y salvaje. Estoy haciendo algo que no debería y me encanta. Vivir al límite ya es uno de mis hábitos y, dentro de unos años, se convertirá en una adicción. Acabo de salir por la puerta trasera de la cocina a un callejón situado detrás de nuestra modesta casa adosada en Price Avenue, una calle lateral ubicada entre dos avenidas principales del barrio obrero Pimlico Heights del noroeste de Baltimore.

Me empujo hacia arriba, sobrepaso la vieja verja metálica y aterrizo sobre los pies como un gato. Estos son los momentos en los que mis clases de baile y de gimnasia me vienen bien. Avanzo por el callejón y giro bruscamente a la izquierda para dirigirme al sur, luego al este y después al norte, como siguiendo la forma de una herradura.

Tengo trece años, estoy a punto de cumplir catorce, y mi misión es escaparme para ir a ver mi novio de dieciséis, quien trabaja el turno de noche en el 7-Eleven. Es un paseo de unos veinticinco minutos que, durante el día, está lleno del ruidoso ajetreo de las tiendas y el tráfico, pero que ahora es mayormente tranquilo. Pequeños sonidos, un camión de reparto por aquí o el traqueteo de un tren por allá, interrumpen el silencio. Se trata de un barrio obrero que está pegado a un barrio, digamos, *conflictivo*.

Por esta zona se cuelan todo tipo de personajes, sobre todo de noche. Debo mantener los ojos abiertos y la guardia alta.

Mi ruta pasa por la estación de metro de Reisterstown, que es la que uso cuando me desplazo a otras partes de la ciudad, seguida de un centro comercial con un Payless y un Kmart que mi madre y yo frecuentamos, y luego me lleva a lo largo de soñolientas manzanas residenciales donde muchas de las farolas están apagadas. A veces está tan oscuro que apenas puedo distinguir las casas de los amigos que viven en el barrio. Mis giros y paradas me llevan por dos vías muy transitadas, aun a estas horas de la noche, y finalmente por un tramo menos oscuro que me conducirá hasta las puertas de cristal, bien iluminadas, del 7-Eleven.

Llevo vaqueros, una camiseta y unas zapatillas de deporte (ahora voy de marimacho mona). Llevo el pelo recogido en un moño bien peinado con los laterales engominados con gel de Pro Styl. Y, por culpa de la humedad, seguramente los haya tenido que sujetar bien con una barra de cera. Tengo que ir mona, pero no ser tonta.

Cuatro años atrás, cuando tenía nueve, salí de casa de mi abuela para ir al centro comercial cercano. Su barrio se consideraba de clase media alta, con una población predominantemente blanca y una enorme comunidad judía jasídica. Como estaba muy cerca de casa de mi abuela, no me preocupé demasiado cuando un joven hombre blanco, en su coche gris destartado, se detuvo junto a mí en la acera.

Bajó la ventanilla del pasajero y dijo:

—¡Oye!

—¿Sí? —respondí.

—¿Has visto un cachorro por aquí cerca?

Me aproximé un poco más.

—No, la verdad es que no.

—¿Sabes dónde está Graveyard Street?

Mientras hablaba, vi cómo se masturbaba a través de la apertura de su gabardina sucia.

—No —susurré y seguí andando.

El exhibicionista no se fue inmediatamente. Por acto reflejo, miré a mi derecha sin girar la cabeza para asegurarme de que no

saltaría para intentar agarrarme. Por suerte, justo al lado estaba el aparcamiento de una sinagoga. Me dirigí hacia él como si fuese mi destino, por si acaso. Seguí andando y finalmente se apartó. Me volví para ver cómo se alejaba y me aseguré de que no doblaba la esquina para volver. Se marchó con un chirrido del coche, pero mis ojos no lo abandonaron hasta que lo perdí de vista por completo.

Ese día aprendí que debes tener ojos en la nuca, que no debes mostrar miedo y que debes comportarte como si no te afectase nada. Puedes conocer el alma de un depredador por lo que caza. Con el tiempo, aprendí que si no parecías presa fácil, los depredadores cobardes pasarían de ti. Una parte de protegerme consistía en ocultar mi figura femenina y adoptar una actitud más masculina en mi comportamiento. Incluso de niña: no sentía miedo, sentía asco. Me disgustaba, pero no me asustaba. Fueron momentos como este los que me enseñaron a ser ruda y super-vigilante. No solo eso, sino que, bueno, aprendí que no existen los barrios seguros.

Lo que agradezco del barrio en el que estoy esta noche de camino al 7-Eleven es que no hay mentiras. No pretende ser algo que no es, no pretende ser seguro. Sé lo que hay. Mis instintos están marcados y he aprendido a navegar por esta jungla de cemento. Sé cómo se mueven los distintos depredadores y estoy preparada para moverme rápido, para luchar con todo lo que tengo, o para huir y esconderme.

Pero esta noche el ambiente está lleno de emoción y estoy impaciente por ver a mi chico. Es el verano de 1985 y, con trece años, estoy empezando a madurar en estas calles. Mi madre, Adrienne, recién separada de mi padrastro, es enfermera en la sala de maternidad de un hospital y hace poco ha empezado a trabajar el turno de noche (de siete de la tarde a siete de la mañana). Es como la mayoría de madres solteras que trabajan duro para mantener las luces encendidas y poner comida sobre la mesa, y que solo pueden esperar y rezar que hayan infundido el miedo suficiente en sus hijos para que estos respeten las leyes que ellas dictan sobre cómo comportarse cuando no están presentes.

Y, por supuesto, yo no soy esa hija. De hecho, de siete de la tarde a siete de la mañana me dedico en alma y cuerpo a ignorar todas las leyes que se le hayan ocurrido a mi madre.

Y así es cómo me siento en esta húmeda noche de verano. Libre, sin vigilancia, sin ser observada, encantada con mi naturaleza salvaje.

La calidez del aire a estas horas tardías tiene algo reconfortante. El calor sofocante y opresivo del día, cuando los niveles de humedad tienden a elevarse a niveles insufribles, ha desaparecido. Años después evocaría con frecuencia recuerdos nostálgicos como este de las noches de verano en la Costa Este. La densidad del aire resulta casi protectora, como un cálido abrazo.

En retrospectiva, agradezco a todos los poderes del universo que se cernieran sobre mí en aquellos días. Aunque es cierto que Pimlico Heights, llamado así por su proximidad al hipódromo, aún no había caído en la tierra de nadie de ninguno de los barrios más conflictivos que nos rodeaban, como Liberty Heights y Park Heights. Como decía, no existen los barrios seguros.

Pero cuando vislumbro por primera vez el cálido y acogedor resplandor del 7-Eleven, lo único que siento es expectativa por el siguiente capítulo de mi amor juvenil.

Aunque Mark no es mi primer novio, es mi relación más seria hasta la fecha. Es divertido, mono, y ligeramente extraño. Es negro y asiático, «Blasian»¹ antes de que existiera el término, alto y delgado, con una amplia sonrisa dental y una voz grave que hace que suene mucho mayor de lo que parece.

Mark me hace reír, y no porque intente hacerse el gracioso. Durante las últimas semanas, he estado dando este paseo para visitarle y él siempre dice la misma maldita cosa cada vez que llego danzando al luminoso 7-Eleven:

—Jada, sabes que no deberías haber venido aquí.

Yo solo le miro, le devuelvo la sonrisa, y susurro algo como:

—Tío, vale, dices lo mismo siempre que vengo.

1. Palabra compuesta por «black» y «asian». Es *slang* estadounidense para referirse a una persona mixta de padres negros y asiáticos.

—Sabes que esto que haces es una locura.

Siempre enfatiza este punto. A veces, si su turno termina pronto, me acompaña a casa o me lleva en coche. Pero esta noche no. No importa, voy a disfrutar de este tiempo con él de todos modos y no me da miedo volver a casa sola.

Durante las casi cinco horas siguientes me quedo allí, junto a la máquina de perritos calientes y la de hacer sorbetes, charlando con Mark. Picoteando algo o no. A veces, me cuenta sobre sus problemas en casa y, a veces, yo le cuento los míos.

Y entonces, antes de darme cuenta, justo antes del amanecer, llega la hora de partir. La noche casi se ha acabado y apenas estoy de camino a casa cuando los primeros rayos de luz surcan el cielo.

La emoción que sentí horas antes ahora se ve sustituida por una sensación de logro, mezclada con la melancolía de que la noche haya terminado. Ahora me concentro en llegar a casa antes que mi madre, porque si alguna vez se entera de dónde he estado, se acabó. Me mata.

A las seis de la mañana ya empieza otro caluroso y húmedo día de verano. El tráfico se espesa en las carreteras y la gente sale de casa para acudir a sus turnos tempranos de trabajo. Las noticias y la música suenan desde las ventanas abiertas y desde los radios de los coches. Razón de más para volver a casa a toda prisa. No se me escapa la ironía de que por la noche me cuida de los peligros imprevisibles, pero que por el día solo tengo que temer la ira de Adrienne.

Como de costumbre, vuelvo a entrar en casa, cierro la puerta con llave y subo volando los escalones hasta mi dormitorio. Cuando mi madre llega a casa sobre las ocho de la mañana, no sube a verme de inmediato. ¿Por qué iba a hacerlo? Estoy segura de que supone que estoy sana y salva, profundamente dormida en la cama, donde, sin duda, he estado toda la noche.

Pero «segura» es solo una de las muchas mentiras en este momento de mi vida.

★★★

Siempre que pienso en mi historia de origen, no la visualizo realmente en las calles de Baltimore, sino en el jardín de Marion. Era la madre de mi madre. Algunos de mis primeros recuerdos los

creé a su lado, en su jardín, mientras aprendía lecciones poderosas que utilizaría el resto de mi vida.

Adrienne era la menor de los cuatro hijos de Marion y su marido Gilbert. Mi abuelo era médico y jefe de anestesiología en el Provident Hospital, que atendía a una comunidad predominantemente negra. El abuelo también trabajaba en una consulta privada como médico de cabecera, fumaba en pipa, hablaba poco y adoraba a su mujer. Yo era la nieta primogénita. Como mi madre y mi padre, Robsol Pinkett, solo estuvieron casados poco más de un año y mamá tenía tan solo diecisiete años cuando se quedó embarazada de mí, nos mudamos a casa de los abuelos cuando yo era una niña pequeña. A todos los efectos, ese fue mi hogar durante gran parte de mi infancia. La casa estaba situada en un barrio familiar de clase media-alta.

Éramos uno de los dos hogares negros de nuestra zona, al noroeste del centro de Baltimore. A un lado había casas unifamiliares más grandes y opulentas, con amplios patios traseros y, al otro lado, estaba Lower Park Heights, una zona desgarrada por los estragos de la adicción, la violencia y la pobreza. Justo enfrente de nosotros, teníamos unos grandes complejos de apartamentos habitados, casi exclusivamente, por miembros de la comunidad judía jasídica. Nuestros vecinos iban a su propio aire. La abuela me enseñó desde muy temprano cómo vivía la comunidad jasídica y la importancia de respetar su modo de vivir. Me explicó que no debía ofenderme si no se relacionaban con nosotros. El aislamiento era simplemente su forma de vida. Casi todos los días veía a grupos de mujeres jasídicas, con pelucas y vestidos largos, que paseaban por el barrio empujando cochecitos de bebés con otros niños a cuestas. Los hombres jasídicos tenían toda la barba y llevaban grandes sombreros y mantones de oración metidos debajo de las chaquetas con cuerdas que les colgaban por debajo de los bolsillos de los pantalones. Siempre me fascinó su atuendo, aunque no supiese por qué vivían así hasta muchos años después. También me gustaba ver a las familias juntas en la calle, yendo y viniendo, generalmente, a la sinagoga. Así es como me enseñaron a respetar las diferencias entre las personas y que estas diferencias no tenían por qué hacer que nos odiáramos los unos a los otros.

Para mi abuela era importante que yo pudiera encontrar puntos en común con cualquier persona, fuese lo que fuese. La educación y las experiencias que compartió conmigo giraban en torno al valor de ser «polifacética» (como ella decía). Ella era el centro de mi mundo y el centro del bienestar de cada uno de sus cuatro hijos, de sus cónyuges/parejas y de mis primos. Había mucho amor en su hogar, al igual que en su jardín.

Durante toda mi infancia, estuve convencida de que mi abuela tenía el jardín más grande del universo. Su jardín de varios niveles era, para mí, tan impresionante como cualquier parque en el que hubiera estado. Había muchísimo espacio en el patio trasero y la abuela cultivaba todo tipo de jardines más pequeños en él, de tal manera que siempre tenía plantas en flor o verduras listas para cosechar y hojas que rastrillar, independientemente de la estación del año.

Desde que tenía cinco o seis años, recuerdo que me daban tareas de jardinería que no solo me permitían presenciar los ciclos de crecimiento, sino también saber que había contribuido a hacerlos posibles. Durante el otoño, ayudaba obedientemente a rastrillar las hojas, lo que me hizo amar esa época del año para siempre.

—¿Así está bien? —recuerdo que le preguntaba a la abuela, que, por cierto, era la única forma aceptable de referirme a ella.

Tras inspeccionar el montón de hojas que había reunido, me hacía un pequeño gesto de aprobación y me decía:

—Buen trabajo, *Angel Pie*. —El apodo cariñoso que tenía para mí.

Lo mejor llegaba después: saltaba alto en el aire con mis habilidades gimnásticas y luego caía hacia atrás sobre la pila multicolor de hojas. El olor de las hojas crujientes me acompañaría durante un buen rato tras volver a incorporarme.

A veces, rastrillar las hojas se convertía en una tarea familiar. Todos salíamos con rastrillos a ayudar: mis abuelos, algunos de mis primos y yo. Saltábamos entre las hojas y nos reíamos juntos, creando un auténtico desastre. Finalmente, el abuelo (un hombre apuesto, esbelto y de fuerza suave) levantaría una mano como si espantase algo y diría:

—Vale vale, suficiente. —Y volveríamos al trabajo.

Yo era una niña muy habladora y curiosa. Cuando la abuela y yo salíamos al jardín, le hacía todo tipo de preguntas sobre todo tipo de cosas. Era una mujer antillana, licenciada por la Universidad de Howard y trabajadora social, fue una pionera en la enseñanza de la educación sexual en las escuelas de Baltimore. Marion hablaba de forma refinada y melódica, sin *patois* ni rastro de su herencia jamaicana. Al fin y al cabo, había nacido en Boston y no había vivido con su familia inmigrante desde los trece años.

Un día, al salir, señalé una fotografía que había en el pasillo. La guapa joven que aparecía en ella llevaba un vestido inusual.

—¿Quién es? —pregunté.

—Ah —respondió mientras me hizo señas para que la acompañara al cobertizo de las herramientas—, esa soy yo, en la India.

—¿La India?

—Sí, por aquel entonces era estudiante universitaria y obtuve una beca organizada por la esposa de Howard Thurman, Sue, para estudiar en la India durante seis meses.

La abuela me explicó que el vestido se llamaba «sari» y luego describió lo emocionante que fue viajar hasta allí a mediados de la década de 1930, como parte de una delegación invitada de líderes y estudiantes afroamericanos.

Durante ese mismo viaje, Howard Thurman, teólogo, profesor y activista de los derechos civiles que se convirtió en una influencia clave en el trabajo del doctor Martin Luther King Jr., se reunió nada menos que con Mahatma Gandhi para hablar sobre el papel que podía desempeñar la no violencia en la lucha contra la opresión.

Howard y Sue, también activista y autora por su parte, fueron tan importantes para Marion que se convirtieron en los padrinos de mi tía Sondra, la hermana mayor de mi madre. La abuela y Sondra asistieron en 1963 al histórico discurso del doctor King de «I have a dream» en la marcha sobre Washington.

Lo poco que sabía de la historia de Marion después de la India era que Gilbert, su novio de la universidad, le pidió matrimonio poco después de su regreso. Gilbert era de pocas palabras, pero era un tipo sólido, un proveedor y un hombre consecuente

con su palabra. Solía verlo en su sillón leyendo o fumando en pipa. La fragancia del tabaco de pipa encendido es algo que me encanta desde entonces. A veces, lo veía con los ojos cerrados y finalmente un día le pregunté:

—Abuelo, ¿estás durmiendo?

—No, solo descanso la vista —me respondió, sin molestarse en abrir los ojos, con una leve sonrisa dibujada en su rostro.

«¿Descansando la vista?» Hmmm, pobre Gilbert. Seguro que se pregunta: «¿No acaban de irse nuestros hijos mayores de casa? ¿Y ahora nos toca cuidar de otro renacuajo?». Yo siempre estaba metida en todo.

En casa de mi abuela nuestra vida diaria tenía un orden. El hecho de tener tareas fijas me hacía sentir que contribuía. Podían ser duras, pero nunca eran aburridas. Eso era porque Marion Banfield sabía cómo convertir lo mundano en mágico.

Echando la vista atrás, puedo ver que realmente estaba cultivando dos jardines: uno de ellos era el jardín de su patio trasero, pero el otro jardín era yo. La abuela volcaba *todo* su ser en cultivarme, en mi crecimiento y en mi educación, del mismo modo que veía cómo lo volcaba *todo* en su jardín. Literalmente.

Un día estábamos sacando el cubo de abono y Marion incitó mi curiosidad:

—¿Qué crees que hay aquí dentro?

—¿Limonos? —dije mientras olía.

—Cáscaras de limón, efectivamente. —En aquel cubo también había cabezas de pescado, cáscaras de manzana, posos de café y cualquier resto que hubiera recogido por la cocina. Este recuerdo es de décadas antes de que se generalizara el compostaje—. Mira, estamos preparando la tierra. Las lombrices vendrán y labrarán la tierra por nosotros y dentro de unos días podremos plantar semillas.

El jardín de mi abuela era mi escuela y mi patio de recreo.

Fuera, en aquel patio trasero, pasé horas incontables explorando, sola o con mis primos cuando venían de visita. El poder de mi imaginación me enseñó a entretenerme sola. Uno de mis juegos favoritos en solitario consistía en construir un exitoso restaurante imaginario en los escalones de piedra que separaban los

dos niveles del jardín. Había mucha tierra a mi disposición para hacer empanadas de barro que cocinaba con hierbajos del jardín y que luego decoraba con pétalos de flores. Los pasteles de barro de diente de león se convirtieron en la especialidad de la casa.

Si quería irme de aventura, podía subirme a la Gran Rueda y cruzar el pequeño puente de madera que separaba las dos secciones del jardín. Cruzar de una parte del jardín a otra suponía la libertad para mí.

Cada día descubría nuevos tesoros que me esperaban fuera. En el primer nivel estaba el jardín de rosas de la abuela y, en la belleza de cada flor y en las gruesas espinas de cada tallo, pude ver que la naturaleza había creado una barrera para proteger su flor. Encima de las rosas estaba el huerto, que contaba con judías verdes, tomates, guisantes y calabacines en abundancia. A la derecha estaban las fresas. También tenía otras frutas, pero las que más me gustaban eran las fresas, porque allí se reunían los conejos y, en primavera, aparecían con sus crías.

Un día de primavera, cuando tenía cinco años, estaba junto a los fresales, a punto de coger una cría de conejo, cuando mi abuela me detuvo y me advirtió:

—Angel Pie, no toques las crías de conejo. Si la madre detecta tu olor en su bebé, ya no cuidará de ese conejito.

—Vale... —respondí, decepcionada.

Me lo tuvo que recordar unas cuantas veces más porque estaba enamoradísima de los conejitos. En lugar de cogerlos, decidí encargarme de supervisar cuántos había y asegurarme de que su pequeña madriguera estuviese a salvo. Durante los meses siguientes, vi cómo crecían y acababan abandonando nuestro jardín para ir a otros terrenos y tener sus propios conejitos.

Todo crecía si se le daba el sol, el abono y la cantidad de agua necesaria. Cada parcela de tierra lo demostraba. Teníamos pensamientos morados y caléndulas naranjas que yo había ayudado a plantar, teníamos tulipanes de muchos colores por todas partes y también otro jardín de hierbas donde la abuela cultivaba menta.

A Marion le encantaba beber té de menta fresca; se lo preparaba casi a diario. La menta fue una de las primeras cosas que planté cuando me hice adulta y comencé mi propio huerto. Para

entonces, llevaba el tiempo suficiente lejos de Baltimore para darme cuenta de que lo que yo creía que era el jardín más grande del universo, en realidad, no era tan grande como parecía.

Marion siempre llevaba a rajatabla una ética de trabajo. Hasta las tareas más sencillas, como quitar malezas, requerían reflexión y esfuerzo. La abuela era muy estricta. Le encantaba que la casa estuviera limpia y ordenada, y a día de hoy yo soy igual. Cuando te digo que me enseñaron a limpiar la casa del suelo al techo, no exagero. Limpiar el baño no consistía solo en fregar el lavabo, la bañera y el inodoro, era un PROCEDIMIENTO: había que fregar y limpiar cada centímetro de porcelana, incluidas todas las grietas alrededor de la base del inodoro.

Limpiar el suelo y las ventanas no era fácil, pero nada era comparable con limpiar las tarimas. Quería que aquellas tablas parecieran nuevas. La abuela no era severa, pero sí muy estricta.

—Angel Pie, necesito que FROTES BIEN

Así que yo FROTABA. En vez de frustrarme, acepté estas lecciones como si fuesen un reto. Ya tenía la capacidad de ser meticulosa de por sí (supongo que tiene que ver con el hecho de ser Virgo). Sin embargo, la verdadera prueba llegaba cuando terminaba una sección de tarimas y la abuela se ponía un guante blanco y pasaba el dedo por encima. Siempre me aguantaba la respiración. Si levantaba un dedo enguantado limpio, podía seguir con la siguiente parte. De lo contrario, al igual que hacía con las demás tareas no satisfactorias, me obligaba, sin ningún problema, a repetir la misma sección ENTERA DE NUEVO.

La lección detrás de todo esto fue duradera: la manera en la que te dedicas a las pequeñas tareas cotidianas equivale a la manera en la que te dedicas a las grandes tareas de la vida. Aprendí todo lo que me mandaba hacer: quitar el polvo, limpiar las ventanas, poner y quitar la mesa, y fregar los platos, las ollas y las sartenes. Limpiar bien consistía en prestar atención a los detalles, pero esos suelos... uff, esos suelos tenían que estar impolutos. A día de hoy sigo temiendo al guante blanco.

En casa de mi abuela los azotes estaban prohibidos, así como las cosquillas. Tampoco estaba permitido jugar al escondite. Estas normas

no eran aleatorias y, cuando alguien las cuestionaba, la abuela señalaba que dar azotes o pegar a los niños era revivir los horrores de la esclavitud. En cuanto a las cosquillas, estas se solían utilizar como método de tortura en prisioneros de guerra en muchas culturas. Finalmente, el escondite sencillamente no le gustaba porque:

—Un día me llevé un susto de muerte cuando alguien se escondió detrás de una puerta y saltó hacia mí para asustarme —explicó.

Era su casa y sus normas, y nadie se atrevía a desafiarla.

Marion era extraordinaria de más maneras de las que puedo contar, pero era una cocinera nefasta. Le gustaba crear sus propios platos, que sonaban fatal cuando los describía con entusiasmo y eran aún peores cuando los servía: se me ocurre la lengua de vaca estofada con nata agria que había cocinado en una *crock-pot*. Ay, si hubiesen dejado que Pero, el gran caniche negro al que adoraba y montaba como un poni, se acercase a la mesa de la cocina cuando comíamos, podría haberle colado la comida que no quería. Pero no tuve esa suerte. Si no me terminaba lo que tenía en el plato, eso era lo que me tocaría comer al día siguiente, o al siguiente si hacía falta. La abuela jamás desperdiciaba comida. Una vez cometí el error de probar un bocado de algo que había preparado y dije:

—¡Qué asco!

—No digas esa palabra —me corrigió—, si no te gusta, puedes decir que «no es agradable» o que «no es de tu gusto».

Desde entonces, utilicé principalmente la palabra «desagradable» para describir gran parte de la comida de la abuela. Su respuesta constante siempre era:

—La comida no está hecha para disfrutarla. Debemos comerla para nutrirnos.

La gastronomía nunca fue una de las aficiones de mi abuela (ni tampoco de las mías).

Por suerte, Marion sí sabía preparar un desayuno clásico y, gracias a la alegría absoluta que sentía por todas las celebraciones familiares (los cumpleaños, Acción de Gracias y, sobre todo, Navidad), sabía hornear, en mi opinión, como nadie (aunque sus

hijos no estarían de acuerdo). Me enseñó a hornear muchas cosas básicas: galletas, pasteles y tartas desde cero, por no hablar de los distintos tipos de pan.

Para mí, Marion era una fuente inagotable de fascinación. Era una mujer de la alta sociedad, muy respetada en la comunidad. El instituto Forest Park Senior High School llegó a ponerle su nombre a una biblioteca y a mi instituto, Fallstaff, y nombró un jardín en su honor. Era franca y a lo largo de su vida se mantuvo activa en el movimiento por los derechos civiles; fue una pieza clave en la política de Baltimore. Tanto es así que se convirtió en la presidenta de la campaña de Kurt Schmoke, cuando este se presentó con éxito como el primer fiscal del estado negro de Maryland, lo que le preparó para convertirse más adelante en el primer alcalde negro de Baltimore.

La abuela había visto mundo; había viajado a lugares como Kenia, Ecuador y Rusia, lugares que me parecían tan exóticos y lejanos que ni siquiera podía imaginármelos. Pero, cuando me describía meticulosamente sus viajes y me daba un pequeño *souvenir* de cada lugar, como muñecas de Sudamérica o collares de África, entonces aquellos sitios cobraban vida. A día de hoy todavía guardo muchos de estos *souvenires*.

Desde que tengo uso de razón, la abuela me había apuntado a clases de claqué, piano y, poco después, de tenis, gimnasia y cualquier otra cosa que le pareciese enriquecedora. Quería que leyera lo que ella consideraba literatura infantil clásica: *Alicia en el País de las Maravillas*, *Lloro por la tierra*, *The Learning Tree* o *Los viajes de Gulliver*. Estas lecturas eran parte del programa escolar de verano que ella había creado para mí, porque creía que era posible divertirse en verano sin dejar de aprender. No existía tal cosa como tomar un descanso de la educación.

No todo lo que ideaba tenía sentido para mí, pero de lo que no dudaba era de que mi abuela me quería con locura. Y era inútil resistirse a su voluntad, porque no ganaría.

Así que, más adelante, cuando decidió coordinar un programa extraescolar en mi instituto para enseñar arreglo floral a los niños,

le seguí la corriente, más o menos. Mi monólogo interior, sin embargo, me decía: «¿Quién hace algo así?».

—Vamos a aprender a hacer cerámica —anunció la abuela un día, cuando yo tenía ocho años—. Es maravillosos aprender a moldear arcilla en el torno dijo. Tan maravilloso, de hecho, que se apuntó a una clase de alfarería para adultos al mismo tiempo.

Mi madre rara vez interfería en el plan de estudios de mi abuela, excepto una vez, cuando estaba en primero de primaria, y una profesora de *ballet* me avergonzó por molestar en clase. Para castigarme, la profesora me quitó el tutú rosa, me puso uno negro y me arrinconó contra la pared.

Cuando le conté a mi madre lo que había pasado, se puso hecha una furia y se enfrentó a la profesora. Mi madre no podía creer que aquella mujer tuviera la osadía de ponerle un tutú negro a la única niña negra de la clase como castigo. No tuvo reparos en expresárselo a la profesora con el tono feroz de Adrienne que, a día de hoy, sigue siendo una señal de que te quites de en medio. Para echarle más leña al fuego, resulta que en el instituto a mi madre también la castigaron de forma similar por molestar en clase. Así que Adrienne no solo estaba enfadada por el nivel de humillación que había sufrido yo, sino que llevar la contraria estaba en su ADN.

Sobra decir que esa fue la última de esas clases de *ballet*.

En las reuniones familiares, Marion me pedía a menudo que hiciera algún tipo de actuación. Durante años, me pidió que tocara «O Christmas Tree» durante la Navidad. No siempre me apetecía tocar el piano, pero era la tradición. Un año tuve la atrevida idea de escribir, dirigir y protagonizar una pequeña obra que había concebido para celebrar la historia de la Navidad.

La abuela estaba encantada y yo me encargué de que todos los primos (Brett, Jason, Garth, Tiffany e incluso el bebé Trés, quien apareció como el Niño Jesús en la escena del pesebre) tuvieran sus papeles. Escribí un guion rápidamente con frases para José y María, y un discurso para mí. Cuando llegó el momento de actuar, llamé a toda la familia al salón, salí delante de mis primos, hice una reverencia y presenté a los personajes, concluyendo con un: «Gracias a todos por venir. Disfrutad del espectáculo».

Los adultos intentaron ocultar sus risas mientras yo dirigía desde un lateral y le susurraba a Brett:

—Vamos, vamos... —siguiendo el guion, dio un paso adelante y recitó—: Ahora los niños Banfield presentarán un programa de canciones. El primer número es «Noche de paz», cantado por Jada.

Continuamos con cinco canciones más hasta nuestro final: «The Twelve Days of Christmas», que cantamos todos juntos.

Todo fue dulcemente ridículo, pero ya entonces estaba claro que disfrutaba actuando.

La abuela creía que yo iba a hacer algo importante en este mundo y me decía:

—Angel Pie, eres especial.

Cuando recuerdo esta época, me suelo preguntar: ¿qué fue lo que vio en mí para decirme eso? No estoy segura, pero lo dijo las veces suficientes como para que yo la creyera. Marion plantó todas las semillas posibles a su alcance para que yo me convirtiera en lo que quisiera.

No me decía

«¡Aprende a desafiar el *statu quo!*», nunca fue necesario, porque yo la vi hacerlo. Nunca me dijo «No te lo tomes todo al pie de la letra». Quería que aprendiese a valorar mi propia opinión. De pequeña, se me encendió una luz un día que íbamos por el supermercado y le pregunté si podíamos comprar Nesquik, ya que me gustaba añadirlo a la leche.

—Ya no podemos comprar productos de Nestlé —pausó y siguió explicando—, estamos boicoteando Nestlé.

El motivo era que promocionaban su marca de leche de fórmula en África para disuadir a las mujeres africanas de amamantar a sus hijos. Los bebés africanos se morían porque el agua utilizada para fabricar la leche de fórmula no estaba limpia.

Me quedé horrorizada y resolví:

—¡No volveremos a comprar productos de Nestlé! —Supe inmediatamente que era lo correcto.

Fue una de mis primeras lecciones de activismo.

La abuela nunca me habló de los horrores del racismo que había presenciado y vivido. Era muy optimista sobre el cambio

social para los negros y siempre explicaba cómo podíamos apoyarnos y elevarnos los unos a los otros. Creía que debíamos alimentar la mente de los niños con esperanza para que luchasen por el cambio cuando fuesen adultos. Sin embargo, también creía firmemente que era esencial conocer nuestra historia.

Por ese motivo, en enero de 1977, hizo una excepción en la férrea norma de acostarme a las ocho de la tarde. Todo fue para vivir el gran acontecimiento televisivo: la miniserie *Roots*, una adaptación del innovador libro de Alex Haley.

Durante la emisión de esos ocho episodios, me senté al lado de Marion y me quedé hipnotizada. Mis reacciones eran complicadas: estaba fascinada y confusa a partes iguales. Aquella gran cadena negra alrededor del cuello de Kunta Kinte² y el aspecto de las personas cuando las azotaban hasta que sangraban fueron imágenes que se quedaron grabadas en mi mente. A mi abuela le pareció importante que yo participara en este acontecimiento histórico: una gran transmisión televisiva, sin precedentes, de una parte fundamental de la historia afroamericana. Aunque fuera doloroso verlo.

Mientras que Marion destacó en el movimiento de «combatir el odio con amor» del doctor King, mi madre y mi tía Karen maduraron lanzando puños al aire a favor del Poder Negro. En cualquiera de los casos, me inculcaron desde muy pronto la lucha contra la injusticia.

Marion se autoproclamaba atea, pero su misión fue exponerme a todas las religiones y filosofías para que pudiera encontrarles sentido por mí misma. No creía en la religión organizada, pero creía profundamente en un principio rector: el amor. Decidió que el sitio ideal para aprender sobre el amor y la aceptación era la Sociedad Ética, donde asistíamos a reuniones todos los domingos. Era inaudito que una familia antillana negra de aquella época decidiera no ir a la iglesia. Se suponía que debíamos estar en alguna

2. El protagonista de la serie *Roots*, que narra la historia de Kinte, un hombre africano capturado de adolescente y vendido como esclavo en África hasta acabar en Estados Unidos. La serie sigue la historia de sus descendientes.

iglesia baptista en algún lado. Pero no Marion. El *statu quo* no aplicaba cuando se trataba de su realidad.

El abuelo, la abuela y yo solíamos ir juntos en nuestro Volvo amarillo, que ambos abuelos consideraban el coche más seguro y fiable de la carretera. Las reuniones de la Sociedad Ética se celebraban en una modesta casa no muy lejos de donde vivíamos.

Entrábamos en la casa y veíamos que, como de costumbre, habían colocado sillas para una conferencia matutina con un podio en el centro. Cantábamos canciones sobre los vientos del cambio y la paz, y escuchábamos a los distintos oradores hablar de la unión de la humanidad a través de la comprensión y el amor. Más tarde, los niños se trasladarían a una sala más pequeña del piso de arriba donde aprenderían sobre las distintas religiones que se practicaban en diferentes entornos y culturas.

Las reuniones de la Sociedad Ética me expusieron no solo a las enseñanzas del cristianismo, el judaísmo el islam, el hinduismo, el budismo y otras religiones, sino también a las historias y prácticas culturales de sus seguidores. Era encantador oír hablar de tierras lejanas y de costumbres y rituales que expresaban la misteriosa comunión que los practicantes encontraban con su comprensión de Dios.

Aquellas reuniones de domingo me prepararon para que me convirtiese en una buscadora vitalicia del conocimiento espiritual. Cuanto más aprendía, más creía que todas las formas de fe pueden ofrecer conocimientos valiosos, pero todas reflejan una creencia fundamental: Dios es amor.

Jesús podía ser un camino, al igual que Alá y Buda, pero todos los caminos dejaban claro que el Poder Superior se mostraría según las necesidades de cada alma. Me quedó claro que el Poder Superior, independientemente de cómo llames a tu Fuente, vive en el templo de tu corazón.

Por supuesto, a una edad tan temprana no tenía el lenguaje necesario para expresarle estas creencias a mi abuela. Solo sabía que en aquel lugar podía abrir mi corazón y mi mente, todo gracias a que mi abuela había decidido llevarme ahí.

★★★

Marion siempre me pareció joven y guapa, con un cutis resplandeciente y una sonrisa capaz de encender cualquier ambiente. Sí, era bajita, pero era una mujer Poderosa, con P mayúscula. No éramos una familia cariñosa de abrazos y caricias, pero recuerdo que cuando la abuela me cogía las manos o me frotaba las uñas, las suyas tenían una piel preciosa y suave, muy suave. Tenía el pelo negro y liso como la seda. Era jamaicana, con sangre de las Indias Orientales, además de tener un abuelo judío de Portugal.

Gilbert, cuya familia procedía de Barbados, tuvo una auténtica experiencia de inmigrante y tenía recuerdos de cuando viajó a Estados Unidos como hijo único con sus padres a través de Ellis Island. Incluso durante los últimos años de su vida tuvo un aspecto llamativo.

La belleza estaba en la familia. Mi madre siempre fue un imán de miradas, al igual que sus hermanas mayores, mis tías Karen y Sondra. Mi tío Leslie, al igual que mi abuelo, era un hombre muy atractivo. Marion nunca presumía de ello y se limitaba a reconocerlo:

—Tengo una familia guapa.

Cualquier cosa más allá habría sido vanidad y me dejó claro que la apariencia no era algo de lo que depender, así que una razón más para centrarnos en cultivar nuestras mentes para el éxito.

La idea de que las niñas y las mujeres no debían depender de su aspecto fue una idea que me inculcaron desde joven. La conversación más reveladora que mantuve con Marion tuvo lugar un día en el que estábamos sentadas juntas en la biblioteca/sala familiar, y le pregunté por una vieja fotografía en tono sepia que había en el primer estante sobre su escritorio. Era de una mujer con un bebé en el regazo y una niña a su lado. La expresión de la niña era un poco sombría y los ojos de la mujer adulta expresaban una mirada vacía.

—Abuela, ¿quién es esa? —fue todo lo que pregunté.

Cogió la fotografía, se quedó mirándola un segundo y luego señaló a la mujer de la foto y dijo:

—Esa es mi madre.

Luego señaló a la niña que estaba de pie y dijo:

—Esa soy yo.

Estaba tan mona con su vestidito. La abuela señaló a la niña que estaba en el regazo de su madre.

—Esa era mi hermanita, pero murió muy pequeña.

Me entristecí de inmediato, pero quise saber más. Al parecer, su madre, mi bisabuela, padecía esquizofrenia paranoide y fue internada en Boston por su marido, mi bisabuelo. Comprendí que la madre de Marion no pudo cuidar realmente de sus hijos.

Cuando la abuela me habló de su trauma infantil, no me lo podía creer. Desde mi perspectiva, ella había tenido la vida perfecta. La abuela se esforzaba mucho por dar esa impresión, pero no podía estar más lejos de la realidad. De adulta, descubrí que Marion viajó una y otra vez a Jamaica durante su infancia y durante una visita, cuando tenía trece años, se quedó embarazada. Los detalles, en qué circunstancias se quedó embarazada, no están claros, pero la tía Karen (historiadora de la familia) y yo llegamos a la conclusión de que Marion probablemente no sabía qué era el sexo. Nunca dio la impresión de haber sido violada. Parecía como si simplemente no supiera lo que había pasado y se tratara de un error inocente. El hecho de que insistiera tanto en enseñarme, a una edad temprana, cómo funcionaba la reproducción, me lleva a creer que la ignorancia fue la mayor culpable de su embarazo adolescente. También explica por qué se sintió impulsada a convertirse en educadora sexual en el sistema escolar, cuando todavía era un tema tabú.

Es doloroso imaginar la vergüenza y el rechazo que debió sufrir por ser negra, hija de inmigrantes, tener trece años, estar embarazada y soltera. Todo esto a mediados de los años 20, para colmo. Era huérfana de madre, y su padre no quería saber nada de ella, así que dio luz a ese niño sin apenas apoyo familiar, dio a su hijo en adopción y entró en el sistema de acogida, donde la colocaron con una familia blanca. Durante su tiempo con ellos, trabajó como criada para ganarse el sustento (probablemente fue allí donde aprendió a limpiar la casa tan meticulosamente).

El horror de que viviera todo esto siendo una niña, sola, me atormenta. Dentro de esta matriarca orgullosa y exitosa existía la historia oculta de una niña que se sintió invalidada, antes de que el concepto de yo como persona existiese. Lo milagroso es que Marion

no dejó que el veneno arruinara su deseo de tener una vida buena, perfecta, como esposa de un prominente médico y como una de las personas más distinguidas de la alta sociedad de Baltimore.

Marion distaba mucho de ser perfecta, pero era una mujer valiosa y una heroína increíble. Había construido su vida y su extraordinario jardín, a pesar de su pasado. Para cuando yo llegué, estaba aprendiendo a vivir no con su dolor o pérdida, sino con su amor propio y con el amor de una familia que ella había cultivado. Su casa era un lugar cálido y un refugio no solo para mí, sino para toda la familia. Había creado un santuario para sus hijos y los hijos de sus hijos: un legado duradero de amor.

En casa de la abuela, en su refugio hecho a mano, vi cómo el amor familiar podía sacarte adelante durante momentos, aparentemente, imposibles de superar. Fui testigo de los milagros de curación de la casa de mi abuela en sus hijos adultos, cada uno de los cuales, en diferentes etapas, necesitaba volver a casa para escapar de la dura realidad. No siempre estaba de acuerdo con sus hijos, pero los amaba profundamente. Su gracia, tenacidad y devoción eran recordatorios constantes de que nadie está más allá de la redención.

Esta lección de fe fue el mayor regalo que obtuve en mi infancia. Fue aquí, en la casa de mi abuela, en el jardín de mi abuela, donde la vida era correcta. La vida tenía un propósito y estaba llena de amor.

Lo oía en el sonido nocturno de mi abuela tocando *Sonata Claro de Luna* de Beethoven en el piano después de haberme acostado. Por mucho que odiara tener que irme a la cama, escucharla tocar esa pieza en particular era superrelajante. La tocaba de maravilla. Creo que no podría irse a la cama sin tocarla. Sé de seguro que yo no podía dormir sin oírla.

Yo soy el jardín de mi abuela

DE UN DIARIO RECIENTE, JPS

Todas tenemos traumas de nuestra infancia que pueden hacernos pasar por alto la belleza que nos rodea. A menudo, creemos que tenemos que centrarnos más en los acontecimientos negativos por todo el dolor que crearon. Algunas pensamos que aferrarnos a lo negativo nos protege de volver a experimentar ese dolor. Eso no podría estar más lejos de la verdad. Por desgracia, tendemos a revivir aspectos de estas experiencias negativas porque nos quedamos atascadas, aferrándonos consciente o inconscientemente a los pensamientos negativos que nuestras experiencias dolorosas engendraron.

.....

No olvides la belleza que te rodeaba, que te alimentaba y nutría tu energía de tal manera que te ayudó a llegar hasta aquí, hasta donde estás HOY. Tómate tu tiempo para recordar la alegría que existía y así poder reconectar a tu niña interior con esos momentos agradables que te alimentaron con la esperanza que necesitabas, que te dieron la fuerza para llegar hasta este momento. Eres mucho más que tu trauma.

.....

A mí me resulta útil explorar mis recuerdos y sentimientos con papel y lápiz. Si hoy tienes un momento tranquilo, aprovecha para escribir tres hermosos recuerdos de tu infancia o simplemente de tu pasado, que te hayan ayudado a alimentar a la TÚ hermosa que eres hoy.

.....

Por cierto... tienes un alma de oro.